

LA TAUROMAQUIA SEGÚN VITRUVIO

Ignacio Antonio Sáez*



El texto que a continuación se desarrolla surge como un ejercicio de reflexión irrelevante acerca de los puntos en común que pueden llegar a tener actividades artísticas tan aparentemente distantes como son el Toreo y la Arquitectura. Para ello, se adopta como esquema el Libro Primero de los *Diez libros de Arquitectura* de Marco Vitruvio Polión, el cual fue escrito en la época del César Augusto y es considerado como la verdadera “summa” de todo el saber arquitectónico de la Antigüedad. De forma paralela y comparativa, se observa una correlación de conceptos que comparten de forma común ambas disciplinas por el hecho de emanar de una serie de reglas que conllevan el desarrollo de una técnica y que, a su vez, lleva implícitas la ética y la moral en sus respectivos campos artísticos. Una correcta técnica derivada de las leyes que rigen estas artes hace que ésta sea ética para con ella misma por el hecho de ser respetuosa y coherente con los principios sobre los que se justifica su existencia. Así como en la Arquitectura, cuyo principio fundamental es el orden, la Tauromaquia se debe a la reverencia y respeto máximo hacia el animal totémico que la justifica.

* Arquitecto. Doctor en Arte por la Universidad de Granada.

LIBRO PRIMERO. CAPÍTULO I.
LA TAUROMAQUIA Y LOS TOREROS

Haciendo uso de la poesía, Vitruvio pudo decir que la única cosa seria que quedaba en el mundo era el toreo. Así lo expresó el granadino del Llanto y añadió que en España, el único sitio donde se encontraba verdadera disciplina y autoridad era en la plaza de toros.¹ Después, y abreviando como en una faena de aliño, cedió la palabra a Ignacio ante la escéptica plaza del Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia.

«Torero. Héroe. Reloj. Héroe dentro de un tiempo medido, tiempo casi decompás musical. Héroe dentro de una estrecha regla de arte y de otra regla más estrecha aún de perdonar»².

Sánchez Mejías comenzó la faena como corresponde, por bajo, ante aquel público receloso y curioso por estar ante un auténtico torero.

«En la Tauromaquia cada concepto produce un inmenso campo de consecuencias. [...] Vamos a hablar de Tauromaquia. La Tauromaquia es la ciencia del toreo. El toreo es la ciencia de la vida: saber torear es saber vivir»³.

RAZÓN

Es sabido que existe para cada arte unas reglas que surgen de la práctica y del razonamiento. Estas reglas perduran por lo general inalterables a la vez que aspiran a la perfección a través de sus ciencias. El toreo –que es lo que aquí nos ocupa– tiene también sus reglas. Estas reglas han sido y son inalterables en lo esencial y de todos sus actores –léase aquí torero, ganadero o aficionado– depende de que así siga siendo. Las reglas –puesto

¹ Eisenberg (1978: 173).

² *Ibidem*.

³ Sánchez Mejías (2010: 99).

que responden a una razón a veces olvidada— requieren de una consideración previa, perseverante y crítica por parte del actor con el fin del invitarnos a reflexionar sobre Tauromaquia. Son tiempos convulsos para el aficionado que se mueve entre la incomprensión generalizada de su afición y la pérdida de referentes que lo animen a seguir siéndolo. Urge recuperar la pedagogía del tendido para evitar que el acontecimiento del toreo se degrade de forma irreversible a espectáculo tal y como profetizó Don Enrique, el viejo profesor⁴. Confundir lo que ocurre en una plaza de toros con una pantomima de exhibición o simulacro —que es en definitiva el espectáculo— supone declarar su defunción como acontecimiento extraordinario. Urge recuperar la pedagogía, el discernimiento crítico de quien asiste a una función de toros, «conducirlas por el camino de la sinceridad» que decía Corrochano⁵. Urge conocer la mística y la escolástica antes de entrar en la plaza para así experimentar a la vez que razonar en su misterio.

Forma condición del ser humano querer racionalizar lo incompreensible. Nos afanamos en la búsqueda de una razón lógica y coherente que nos explique lo inconmensurable. En este sentido, las reglas que definen el toreo tratan de explicar sus razones pero no su misterio. El misterio no puede explicarse pero puede el atento observador, alejado de prejuicios, estar pre-dispuesto a experimentarlo. Es misterio porque para llegar a argumentarlo habrá que remitirse a lo arcano —que no arcaico—, al origen y concepción del mito sobre el que se basa y del que es heredera la tauromaquia moderna. Si aceptamos que el mito

⁴ El vaticinio de Tierno Galván: «A mi juicio, cuando el acontecimiento taurino llegue a ser para los españoles simple espectáculo, los fundamentos de España en cuanto a nación se habrán transformado. Si algún día un español fuere o no fuere a los toros con el mismo talante con que va o no va al cine, en los Pirineos, umbral de la Península, habría que poner este sentido epitafio: “Aquí yace Tauridia, es decir, España”». Tierno Galvan (1989:22)

⁵ Corrochano (1989:195).

cuenta una historia sagrada que es capaz de constituir un modelo de conducta humana y una forma de otorgar valor y sentido a la existencia,⁶ entonces debemos aceptar la corrida de toros como una suerte de ataraxia estoica⁷. De esta manera, entenderemos el enfrentamiento del torero como una lucha por el conocimiento de uno mismo, de superar sus debilidades y controlar sus pasiones, de dominarse a sí mismo en el momento de enfrentarse al miedo. A Juan Belmonte le crecía más rápido el pelo en vísperas de corrida; Paco Ojeda olía a hule de enfermería las tardes en que se quedaba paralizado frente al toro y Andrés Vázquez contaba que si antes de comenzar la corrida alguien pusiera campanillas a los toreros en sus tobillos, toda la plaza escucharía su sonido.

«El miedo es el gran torturador de los que salen a la plaza en traje de luces [...]»⁸.

El inconsciente le dice al torero que corra, que se largue de allí y que se ponga a salvo detrás de un burladero mientras la razón contradice aquel instinto primario de reacción de huida. Es la respuesta natural a la percepción de daño que amenaza su supervivencia. Aplicando la práctica y el razonamiento por tanto, el torero deja de comportarse de forma refleja e impulsiva como cualquier animal. El torero, como sacerdote pagano que es, no puede huir de su miedo como le pide probablemente su instinto. Este síndrome de adaptación general se supera —en el caso del ser humano— mediante el análisis del peligro acechante que representa en este caso el toro. El razonamiento derivará en

⁶ Eliade (1973).

⁷ Ataraxia puede ser entendida como serenidad de espíritu ante las circunstancias mediante la disminución de la intensidad de las pasiones y fortaleza del alma frente a la adversidad. Para los estoicos, «esta imperturbabilidad y firmeza por entender la naturaleza cósmica y humana, la ley natural y la idea de una nueva polis, la cosmo-polis, de la cual el individuo se sienta parte». Gil (2007: 52).

⁸ Sureda Molina (1978: 26).

la acción que se convierte en la obra ácrona y efímera que dibujan torero y toro en relación a su habilidad y verdad. El toreo, nacido como una suerte defensiva y evolucionada a arte, arranca por tanto de la razón y su práctica es una consecuencia de ello: enfrentarse al miedo –cualquiera que sea– con análisis e inteligencia y evitando la temeridad. *Pepe Hillo* nos mostraba en su *Tauromaquia* que ésta podía entenderse y resumirse en enseñanzas teóricas y diversas instrucciones que minimizaran el riesgo y que incluso predijeran, cuan falso oráculo, el comportamiento racional de un ser irracional.

«Las cogidas consisten en faltar a las reglas del toreo; ya por ignorancia de ellas; ya por caer o resbalar; ya por adelantarse ó atreverse el diestro; ya por hacer la suerte atravesada [...] ¿qué cosa más clara, que el que sea cogido, quien con ignorancia de las reglas del toreo se pone a llamar? No hay arte alguno que se ejecute bien sin el conocimiento de sus principios»⁹.

Pero el toro no entiende de teoremas. Barbudo, negro, grande y muy abierto de sienes dictó a *Pepe Hillo* la lección más trágica campaneándolo por la boca del estómago y el pecho. Por tanto, aquellos toreros que pongan todo su esfuerzo en este arte confiándolo todo a su instinto, aún siendo hábiles con las telas o los palos, no serán capaces de lograr el objetivo de trascendencia –que es a lo que aspira en sí cualquier arte–. Por el contrario, los toreros que confiaron exclusivamente en sus propios razonamientos dan la impresión de que siguen más una sombra que una realidad. Pero los que aprendieron a fondo ambas, razón e instinto, sed de trascender y acontecer de la *Tauromaquia* –y que así lo demuestran en la plaza ante las dificultades que propone su adversario– son los toreros que adquieren consideración.

⁹ Delgado (*Pepe Hillo*). (1796: 27) Obra utilísima para los toreros de profesión, para los aficionados, y toda clase de sujetos que gustan de toros.

El misterio del toreo podría resumirse, por tanto, en los tres tipos de creencias que proponía Unamuno aún a riesgo de sacarlas de su contexto¹⁰: la primera, creer en lo que no vemos, que es el mito; la segunda, creer en lo que vemos, que es la razón; y la tercera, creer en lo que veremos, que es la esperanza del acontecimiento. Queda claro, por tanto, que quien quiera adentrarse en comprender –hablamos de comprender, no de agradar aunque para que agrade previamente sea necesario comprender–, deberá formarse alejado de prejuicios superficiales, generalistas e intransigentes. Es muy posible que después del esfuerzo por tratar de comprender lo que en la arena ocurre, el aprendiz de aficionado experimente la decepción y el desconcierto porque lo que acontece en el albero la mayoría de tardes se aleja del mito, de la razón y del acontecimiento. En estas circunstancias, el aficionado cabal sabrá discernir entre la paja y el grano puesto que la solemnidad de una corrida de toros puede encontrarse en cualquier sencillo detalle: los clarines y timbales rompiendo la procesión del paseíllo o la compostura del torero con el capote de paseo liado con el respeto de quien es sabedor de vestir una reliquia o su mortaja.

En el toreo existe un reglamento y unas normas que lo salvan de la barbarie y por los que en sí se justifica. El fraude aleja al toreo de argumentos con los que poder defenderlo de ataques intransigentes y sectarios. «Mantener las corridas de toros con vilipendio es mil veces peor que suprimirlas»¹¹. Es por ello que, incluso antes de darlas a conocer *Pepe Hillo*, estas reglas ya existían para dotar al toreo de ética y de verdad.

Existe ética en el toreo porque existen normas morales no escritas que rigen la conducta ante el toro. Estas normas no escri-

¹⁰ D. Miguel de Unamuno proponía estos tres tipos de creencias reflexionando sobre la fe cristiana en su obra *La agonía del Cristianismo*. Nota del autor.

¹¹ Corrochano (1989:205).

tas fundamentan los valores del toreo. Existe el compromiso con la ética cuando el torero se juega el cuerpo sin aplicar los recurridos recursos ventajistas y con la exigencia de la integridad del toro —el toro, siempre el toro—.

Existe compromiso con la ética cuando la suerte de varas sirve para medir y para ahormar al toro intentando que no llegue al caballo, citándolo de frente y dejando libre su salida y sin enmendar la trayectoria de la pica. Existe el compromiso de la verdad cuando el torero manda en el toro. Mandar en el toro significa llevar al animal toreado sin ventajismo. Así de simple y así de complicado. Para eso nos dijeron que estaban los cánones clásicos de parar, templar y mandar. Y también cargar la suerte. Se carga la suerte cuando se deja vencido el peso del cuerpo sobre la pierna de salida, en la rectitud, y se somete la trayectoria natural del toro exponiendo el torero su cuerpo a la embestida. Cuando se torea con pies juntos, se carga la suerte con el cuerpo entero, de frente —así lo hacía *Manolete*—, exponiéndose ante el animal y ganándole terrenos, lo que implica más riesgo para el torero. Me senté en la fría piedra del tendido y retuve en mi cabeza esas tres palabras en las que cabe todo el toreo. De la puerta de toriles salió “Lanzaquema”, sobrero de Antonio Ordóñez, y el *Yiyo* ordenó a sus peones que se taparan

«...y fijó su descompuesta embestida con unos capotazos eficaces. De ahí en adelante su actuación fue un continuo alarde de valor sereno y torería. El toro se cernía con peligro pero *Yiyo* aguantaba las violentas embestidas y llegó a embarcarlas con hondura. Transcurría emocionante la faena, cuando se distanció y, citando de largo, consiguió los mejores pases de la tarde. Los naturales pusieron al público en pie. En uno de ellos salió volteado de forma escalofriante, pero se incorporó de inmediato, de nuevo citó de largo, volvió a interpretar el toreo en toda su pureza»¹².

¹² Vidal (1983).

El *Yiyo* con los pies quietos, templando sin dejarse enganchar los engaños, dominó aquellas embestidas descompuestas. Se expuso sin ventajas ante aquel toro que dejó dos gamuzas en la arena. Se dejó ver, aguantó su fuerte arrancada y los gañafones que le dejaba desde el pecho a los tobillos. Sin ceder ventaja, allí se hizo presente el compromiso de la ética y de la verdad transfigurada en el toreo.

CIENCIA

Ciertamente, a todas las actividades y artes, pero especialmente a la Tauromaquia, participan de la estructura del *significante* y *significado*. *Significante* y *significado* forman el signo, es decir, el sino en el toreo. El significado es el concepto, la imagen mental. El *significante* es la forma material en que se transforma tal concepto.

Pensemos, por ejemplo, en el concepto de suerte. La suerte es aquí el *significado* y la montera boca arriba o bocabajo es el *significante*. Otro *significante* de suerte en el toreo nos lo recuerda Domingo Ortega al adelantar la pierna de salida situándose el torero en la rectitud a fin de someter al toro en su trayectoria. Cargar la suerte es su *significado*.

Otro *significante* para este mismo *significado* se aplicaría en el toreo en la correcta ejecución de los lances, pues de ello depende la suerte. Así, puede entenderse que el torero sea el *significante* y *apolíneo* su *significado* al igual que es el toro con su concepto opuesto, es decir, lo *dionisiaco*. Si pensamos en trapío, por ejemplo, como significado entonces se nos viene a la cabeza “Joyerito”, de Partido de Resina, como *significante*. De esta forma, podrían extraerse muchos otros ejemplos. Por tanto, quien se confiese ser torero debe ser perito en ambas cuestiones puesto que «pocas cosas necesitan encajarse en conceptos y explicarse tanto como en el toreo»¹³.

¹³ Pemán (1951).

El torero ha de tener un conocimiento completo de las leyes que le afectan, tanto las escritas como las de orden natural contenidas en la ética de la Tauromaquia, puesto que de esta forma el lidiador conocerá los límites que supongan fraude hacia el público, el animal o hacia su propia profesión. Y que si bien el engaño es su arma, debe saber discernir entre engañar y mentir, puesto que torear es engañar sin mentir. Éstas son en consecuencia las disciplinas que lo envuelven:

El arte del Dibujo se transforma en la abstracción de líneas, rectas y curvas, que conforman las series de una faena y a ello se asociará la Geometría –la matemática del espacio con la que analizar tales líneas según los distintos terrenos y querencias–. La circunferencia es el lugar en el que toro y torero ocuparán su propio espacio en este rito. En la intersección y en el cruce de las líneas marcadas por toro y torero estará el peligro, la emoción, trascendencia y verdad del acto. Geometría y cinemática taurina¹⁴ no son más que la explicación de las suertes a través de “líneas que simbolizan movimientos”, terrenos y querencias que se manifiestan en una corrida de toros tal y como relataba Ortega y Gasset acerca del toreo del maestro Domingo Ortega.¹⁵ También sabemos por Corrochano que el toreo tiene su explicación en el movimiento de dos líneas:

¹⁴ Expresión apuntada por José Ortega y Gasset al referirse al toreo de Domingo Ortega, cuando dice: «Es extraño que no se haya compuesto nunca una geometría y cinemática taurina, cuando todo el que ha querido explicar una suerte ha tenido que tomar el lápiz de dibujar líneas que simbolizan movimientos. [...] Toro y torero, excepto en la cogida, no deja margen a la atención para percibir en su detalle la doble melodía de los movimientos que es cada suerte. De aquí que la doctrina expuesta por Domingo Ortega se nos presenta con cierto aire de teorema geométrico. Todo lo demás es geometría ó cinemática. En la lidia todo es rápido y dramático y nos sobrecoge. Toro y toreo son dos sistemas de puntos que han de variar en correlación el uno con el otro. [...]».

¹⁵ *Ibidem*.

«[...] una vertical, que es el torero, y otra horizontal, que es el toro. En tanto la línea vertical gira sobre sí misma sin variar de punto de apoyo en el suelo, la línea horizontal tiene que trasladarse, hacer un recorrido para ir y otro para volver. En aprovechar todo este tiempo empleado por el toro al embestir y revolverse, en ir y venir, que por rápido que parezca es lento si se compara con el giro del torero, está basada la defensa del torero y la posibilidad del toreo. En esta sencilla lección de geometría nace toda la difícil teoría del arte de los toros»¹⁶.

El encadenamiento, sin recuperación de terreno por el torero, de los pases fundamentales –pase natural y pase de pecho– que se dibuja en la curva y «que no hace sino anunciar otra curva, y después otra, otro juego en círculo y después otra curva, siempre tan vana para la embestida»¹⁷ es la aportación de Juan Belmonte que dicen comenzó un 11 de Abril de 1913 en Madrid al saludar al utrero con cinco verónicas seguidas.¹⁸

La Óptica aportará el conocimiento de la particular teoría del color en la Fiesta. Así, el negro es catafalco o luto y al blanco no se le llama blanco, sino primera comunión; el amarillo, como da mal fario, se distingue entre gualda, canario o azafrán; y el azul es purísima, espuma de mar, cielo o pavo; el rojo tampoco existe en el toreo, ya que se distingue entre grana, sangre, burdeos, rioja, grosella o coral. Nadie hablará de morado pero sí de berenjena, nazareno, obispo o corinto. El color oliva o manzana es lo que fuera del

¹⁶ Corrochano (1989: 220).

¹⁷ Wolff (2008:183).

¹⁸ Así lo expresa Chaves Nogales: «La corrida debió celebrarse el día 25 de marzo, pero se aplazó hasta el día siguiente por la lluvia, lo que prolongo y exacerbó la expectación que había por juzgar a los “fenómenos”, como nos llamaban. Salí a la plaza con verdadera ansias de triunfar. Di al primer novillo cinco verónicas que entusiasmaron al público y, al salir de un recorte, me ceñí tanto, que recibí un pitonazo en un muslo. [...] Aquella noche entraba yo en los cafés de la calle Alcalá y Puerta del Sol, y las gentes, al reconocirme, me aplaudían y vitoreaban. Madrid estaba conquistado» (2009: 152).

toro se llama verde a secas y el marrón se conoce por tabaco, habano, canela o barquillo.

Por medio de la Aritmética se calcula el riesgo, las distancias y los tiempos además del cómputo de las series, los tercios, los pases inútiles, los avisos ... todo tiene su número –real o irreal– en el toreo. Marcial Lalanda sabía de la importancia de la Aritmética:

«Debe ser técnico, donde la aritmética ha de tener un papel fundamental, poniendo en juego, como un supuesto cálculo de sumas y restas, la exactitud de los terrenos y los tiempos, e inteligente-



Fig. n.º 21.- Diferentes pases (suertes) de torear con la muleta. Apud. Wikimedia Commons.

mente lograr la solución de los problemas, teniendo como resultado la perfección de la faena»¹⁹.

Sin embargo, no debemos confundir la utilización de la Aritmética en la lidia con identificar el toreo como algo aritmético, como si pudiera resumirse en una fórmula matemática, puesto que de esta forma no existiría el duende del que hablaba Lorca. Ese

¹⁹ Vidal (1990).

duende se evidencia alguna vez, no siempre. De lo contrario, el toreo se convertiría en un oficio más. Se trata de un misterio inexplicable que comparte con otras artes, como la Poesía por ejemplo, puesto que cuando se experimenta ese duende, se convierte en inefable y supera toda lógica –*bizarre* lo llamaría Baudelaire–. Para ello, se requiere ausencia de prejuicios y cierta sensibilidad del espectador. Si el espectador carece de ella, entonces apreciará el toreo como los turistas, como algo pintoresco, gracioso o trágico. No descubrirá, por ejemplo, la dimensión que tiene, incluso para el ateo, de práctica ritual y mágica.

ARTE

El torero debe ser consciente de que en sus manos tiene un patrimonio cultural de todos, incluso de los que no entienden ni aprecian el misterio del toreo. El torero debe ser consciente de que ese patrimonio es sensible y frágil puesto que hoy en día sólo se justifica a partir de una delgada línea de la que pende su esencia y autenticidad.

Así pues, conviene que conozca a fondo la historia del toreo, ya que en ella se encuentra el fundamento de su naturaleza y las razones de su evolución y desarrollo. También así el torero tomará consciencia de porqué se dice que el toreo a pie es del pueblo y de las clases populares en contraposición originalmente al toreo a caballo que la nobleza abandonó para adaptarse a los gustos de la corte versallesca que trajo Felipe V. El chulo, que antes cumplía un papel secundario auxiliando al caballero en la brega, pasó a ser protagonista y el pueblo podía, por fin, ver a alguien de los suyos triunfar, escalar socialmente y ser admirado. Si, por ejemplo, alguien se pregunta por la razón de los tercios entonces, apoyándose en argumentos históricos y técnicos, el torero deberá poder explicar sus orígenes hasta llegar a *Pepe Hillo* y *Paquiro*. Podrá dirimir y reflexionar sobre lo que significa y representa el

toreo antiguo de *Guerrita*, la trascendencia de la Edad de Oro de *Joselito* y Belmonte o el tancredismo de *Manolete*.

Por otra parte, la filosofía perfecciona al torero otorgándole un alma generosa con el fin de no ser arrogante sino más bien condescendiente, justo, firme y generoso, que es lo que se conoce por torear con mucha verdad o estar en torero. En efecto, resulta imposible crear arte toreando sin honradez ni honestidad. Y el primer acto honesto está en reconocer que «sólo tiene derecho de matar al toro quien acepta poner en juego su propia vida»²⁰. Recordemos aquí que Nietzsche llamó a Séneca “Toreador de la virtud”²¹. No es posible sin ofrecer el pecho y cargando la suerte. Cualquier otra cosa resultará artificiosa, falsa y fraudulenta hacia la dignidad del animal y del público.

Es preciso que no sea avaro, sino que proteja con seriedad su propia dignidad lidiando con oponentes dignos. Además, la filosofía dirige su estudio sobre la Naturaleza y el comportamiento fenotípico de la raza bovina ibérica en sus distintas castas y encastes.

Ningún torero será capaz de solucionar y entender las dificultades que estos les impongan si no conoce los principios de su naturaleza a partir de la filosofía.

Aunque parezca secundario, el torero también debe conocer la música con el fin de que se familiarice con la ciencia matemática de los sonidos y, en consecuencia, ser capaz de tensar una faena para que merezca el unánime aplauso y los acordes de un hermoso pasodoble. La faena se divide en tercios al igual que la música en cuartas, quintas y octavas. El toro pasa por tres fases –levantado, aplomado, parado– en la lidia al igual que en la afinación de un instrumento. Una cuerda alcanza una afinación adecuada tensándola y retorciéndola con rodillos y pasadores.

²⁰ López Pelegrin (*Abenamar*) (1995: 61).

²¹ Nietzsche (2002: 109).

Tras la violenta tensión se alcanza la armonía, emite un sonido limpio y afinado al oído del artesano. Lo mismo ocurre con un toro bien lidiado.

En conclusión, la ciencia del toreo es tan compleja, tan esmerada e incluye tan numerosos y diferenciados conocimientos que los toreros no pueden ejercerla legítimamente a no ser que desde la infancia, avanzando progresivamente en las ciencias citadas y alimentados por el conocimiento nutritivo de todas las artes, lleguen a alcanzar el supremo templo del toreo.

Quizás a algunos mal informados o ignorantes les parecerá sorprendente que se pueda aprender a fondo y grabar en la memoria tan numerosas ciencias, pero cuando se den cuenta de que todas las enseñanzas prácticas guardan entre sí una unión y una comunicación de sus diversos objetivos, seguro que aceptarán que se puede lograr tan complejo conocimiento. Así es, la ciencia enciclopédica forma como un solo cuerpo.

Por tanto, quienes se instruyen desde la infancia en distintas disciplinas, reconocen fácilmente sus mismas características y la sintonía de sus enseñanzas. En definitiva, un torero no debe ser un erudito gramático, pero tampoco puede ser un ignorante; tampoco puede ser un músico de la talla de Aristoxeno, pero tampoco puede ignorar la música callada del silencio; no se le puede exigir ser un pintor como Apeles, pero sí debe conocer el arte del dibujo; no puede llegar a la altura de escultores como Mirón o Policeto, pero no puede ignorar el arte de la escultura si pretende asentarse y componer la figura de forma virtuosa en la plaza; en una palabra, no puede ser experto en las demás ciencias especulativas, pero tampoco las puede ignorar. En este sentido, Pitio se equivocó pues no se percató de que cada una de las ciencias artísticas se compone de dos partes: una parte práctica y una parte especulativa. La primera es propia de quienes se han adiestrado en una ciencia Particular; la otra es común a todos los hombres sabios pues se trata del raciocinio. La categoría de los

trabajos que manualmente o bien con la práctica alcanzan la distinción, es algo propio de quienes se han instruido en una sola de las ciencias para llevar a cabo su especialización. Por tanto, resulta claro que ha actuado convenientemente quien conozca relativamente bien las partes y la estructura de cada una de las ciencias que son precisas para el toreo y para poderlo así valorar y emitir un juicio con el que apreciar aspectos y detalles de este arte.

A quienes la naturaleza les ha concedido suficiente ingenio, agudeza, memoria para alcanzar profundos conocimientos de geometría, astrología, música y otras ciencias, sobrepasan las funciones del torero y se convierten en matemáticos. Realmente son personas escasas, individuos contados. Guillermo Sureda (1978) se preguntaba sobre la normalidad psicológica de un hombre que decide ser torero poniendo en juego su vida cada tarde en un duelo nobilísimo en el que, en su corpus artístico, todos los aspectos del conocimiento tenían cabida. Por ello te suplico a ti, César, y a quienes vayan a leer estos textos, que me disculpen si algo ha sido expresado insuficientemente conforme a las reglas de la gramática.

BIBLIOGRAFÍA

- Chaves Nogales, Manuel (2009): *Juan Belmonte, matador de toros*, Madrid, Alianza Editorial.
- Corrochano, Gregorio (1989): *Tauromaquia. "Teoría de las corridas de toros"*, Madrid, Espasa Calpe.
- Delgado, Joseph (*Pepe Hillo*) (1796): *La Tauromaquia ó el Arte de Torear. Obra utilísima para los toreros de profesión, para los aficionados, y toda clase de sujetos que gustan de toros*, Cádiz, Ed. Manuel Ximenez Carreño.
- Eliade, Mircea (1973): *Mito y Realidad*, Madrid, Ed. Guadarrama.
- Eisenberg, Daniel (1978): *Boullletin Hispanique. "Un texto lorquiano descubierto en Nueva York. La presentación de Sánchez Mejías"*, París, Persee.
- Gil, Daniel (2007): *Escritos sobre locura y cultura*, Montevideo, Ed. Trilce.
- López Pélegrín *Abenamar*, Santos (1995): *Filosofía de los toros*. Valencia, Librería París-Valencia.
- Nietsche, Friedrich (2002): *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid, Edaf.
- Ortega y Gasset, José (1962): *La caza y los toros*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Pemán, José María (1951): "Filosofía del Toreo". En *ABC*. Madrid. 23 de agosto.
- Sánchez Mejías, Ignacio (2010): *Sobre Tauromaquia. Obra periodística, conferencias y entrevistas*, Córdoba, Ed. Berenice.
- Sureda Molina, Guillermo (1978): *Tauromagia*, Madrid, Ed. Espasa Calpe.
- Tierno Galván, Enrique (1989): *Los toros, acontecimiento nacional*, Madrid, Ed. Turner.

Vidal, Joaquín (1983): “Yiyo, torerazo”, *El País*. Madrid. 2 de junio.

_____ (1990): “El matador de toros Marcial Lalanda muere en Madrid a la edad de 87 años”. *El País*. Madrid. 26 de octubre.

Vitruvio Polión, Marco (1997): *Los diez libros de la Arquitectura*, Madrid, Alianza Forma.

Wolff, Francis (2008): *Filosofía de las corridas de toros*, Barcelona, Ed. Bellaterra.

